

Cine experimental

Título:

Poesía para los ojos

Autor/es:

Cantelly, Juan

Citar como:

Cantelly, J. (1945). Poesía para los ojos. Cine experimental. (5):259-261.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42645>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



FilmoTeca
de Catalunya

POESIA PARA LOS OJOS

SUELE decirse que la sensación más verdadera —más verdadera ilusión— es la que entra por los ojos. En este hecho elemental y fundamental se basa el éxito del cine, poesía y geografía para los ojos.

Y el ojo, el más vital de nuestros sentidos, el que más realidad puede transformar en alimento de nuestra fantasía, no tenía un arte para él. Hasta el cine, los ojos del hombre sólo disponían de la luz natural, de las formas naturales y de la plasticidad estática de la pintura. Los ojos no tenían una poesía, como tenía el oído la verbal y la musical. La poesía de los mundos —vivo y mineral— no entraba por los ojos. Apenas si de manera indirecta participaba el ojo del festín estético de las formas. El hombre anterior al cine sólo podía soñar dormido. El hombre actual puede soñar despierto también. El cine es una fábrica de sueños. Antes la imaginación se alimentaba de sí misma. Ahora la alimenta el cine por los ojos.

El mito es la luz interna de la poesía. Su limpia sustancia, inaprehensible. Su aureola, divinizadora. El mito antiguo nace de las espumas del mar o baja del cielo, cuando el hombre echa a volar la cometa metafísica de su fantasía. El mito actual nace de la cámara oscura y se anima sobre las pantallas del mundo. Hay estrellas cuya luz tarda en llegar a nosotros cientos de años. La luz del cine es la de una estrella que se había perdido y la cazaron un día las lentes del tomavistas. ¿No están nuestros sueños más entrañables colgados del hilo de una estrella?

La pantalla es el vértice cósmico en que coinciden y se separan el mundo real y la



Fausto, de Murnau. (Foto Archivo Ubieta.)



Cuatro de Infanteria, de Pabs.



El millón, de Clair.



Nuestra ciudad, de Wood.

ficción poética. Dos ríos de sombras que confluyen y siguen juntos hacia el misterio.

La realidad se hizo prodigio cuando la técnica de nuestra civilización había superado todos los sueños. Cuando fué posible oír la voz humana a través de las ondas del aire, ver funcionar las válvulas del corazón y atravesar volando el Ecuador. Cuando la máquina realizó funciones casi humanas. Es entonces cuando surge el cine. Un prodigio espiritual como resultado de tantos prodigios técnicos. Un arte capaz por sí sólo de saciar ese anhelo de fábula, de superficción innato en el hombre, y que parecía aniquilado por la técnica.

Al lado de Taylor y de Ford era necesario Charlot. Nueva encarnación de Don Quijote. Un poeta que fuese capaz de ver sobre la materialidad del maquinismo su poesía y su fatalidad. Charlot, como Don Quijote, está loco. Loco hay que estar para enfrentarse con unos molinos o con una «cadena». Pero estas locuras darán nuevo sentido a la realidad. Harán de la pobre razón humana una ficción, una locura casi divina.

La civilización actual, desalmada —cemento y acero al cromo—, supermecanizada, reflejada en lisas superficies gométricas, adquiere en el cine —ficción luminosa— su dimensión lírica hacia lo auténtico. Eso que las civilizaciones pasadas lograban en la ficción verbal; poesía, novela, teatro.

Lo mecánico adquiere en el cine una precisión absoluta. Una precisión poética y estética. Sólo en él la velocidad nos muestra que se puede ir a alguna parte, y que el hombre, con sus medios casi omnipotentes, no será siempre una ardilla que da vueltas sin sentido y sin fin sobre los meridianos del globo. Que, al lado de la velocidad, también tiene un valor el éxtasis.

* * *

Primero, el ojo de cristal de la cámara está quieto, estático, deslumbrado ante las imágenes, sorprendido de su propio milagro. Hasta el día en que la cámara empieza a moverse. Se acerca a las cosas y a los seres. Ha sido descubierto el primer plano. La estrofa exacta de la pasión y de la emoción en el poema cinematográfico. El cine adquiere conciencia del valor puro de la imagen. Ya no se conformará con reproducir superficies planas y horizontales. Quiere atravesar las cosas y los seres con el rayo de su luz pálida. La cámara cinematográfica empieza a ser cámara de rayos X del mundo. Ya no se detiene en la piel. Su luz de milagro entrará hasta los huesos y hasta los entresijos de lo subconsciente. Ya está en camino. El cine pasa del período imitativo al creador. De la contemplación pasiva a la contemplación sugerente y sugestiva. El film no será un río de luz en que se van reflejando verdes sombras. La luz y las sombras del film nacen y se mueven según la concepción íntima del realizador. Ahí está ya Murnau, King Vidor, Fritz Lang, Pabs, René Clair, Sam Wood, Lubitsch. La visión ha sido elevada a la categoría de poema. El cine, antes de que tomase la palabra, ya había logrado esa cris-

talización de las formas de belleza, que va desde *El gabinete del doctor Caligari* hasta *Amanecer*. Hesiodo ve los dioses «vestidos de aire». El cine ve las formas vestidas de la luz nueva que le vino de una estrella.

* * *

Más allá de la poesía verbal, poesía para el oído, el cine ha logrado proyectar la imaginación viva en el mundo. Arte esencialmente imaginario, es el único que logra el ritmo alucinante de la imaginación misma. Su luz hace visible la pasión, el dolor, la dicha. El poeta de esta civilización necesitaba un lenguaje más puro y veloz que el de las palabras, y nació el cine: lenguaje de la luz. Si a algo conocido se acerca el cine es a la música. Un film es también una sinfonía luminosa. Sólo en la luz, esa especie de divinidad física en que están contenidas todas las cosas físicas, podíamos encontrar el secreto de la intimidad más bella de las cosas. Su alma poética. Sólo la luz podía revelarnos el misterio y nos lo reveló. Sólo ella podía crear y creó. Hasta que no hubo luz no hubo mundo. Lo dice el «Génesis».

El mundo tendrá por el cine una imagen de sí mismo semejante a la que proyectaba sobre las cosas la imaginación de Don Quijote. No era la verdad, pero era la hermosura. Por el cine encuentran su cauce los anhelos de ensueño que atormentaban a la humanidad moderna. En el cine logra el hombre actual vencer su aburrimiento, porque encuentra algo más dinámico y fabuloso que la inverosímil realidad. Por el cine, que subyuga a las multitudes con su lenguaje universal de la imagen, se elevará esta civilización desalmada y supermecanizada. La humanidad que ha podido encontrar un nuevo lenguaje poético —poesía para los ojos—, acaso encuentre también un nuevo espíritu y un nuevo camino.

JUAN CANTELLY



El Circo.